

A LA VIRGEN DEL ROSARIO
QUE SE VENERA EN SANDOVAL DE LA REINA.

En Sandoval de la Reina
anda la gente al revuelo
de noticias alarmantes
y de trágicos sucesos.

Porque los sandovaleses
en los «franchutes» han hecho
buena matanza, imaginan
muy temerosos aquéllos
que los gabachos se tomen
por la mano el escarmiento.

Se dice que en represalias
morirán, por los que han muerto,
diezmados todos los hombres
que ya diez años cumplieron.

Y es la verdad, que se vienen
hacia Sandoval corriendo;
pero la niebla les hace
medir los pasos, con miedo
de que en alguna emboscada
puedan hallarse de nuevo.

En un rebato de guerra
se despertó todo el pueblo.
Llamadas y aldabonazos...
Cabildos y cuchicheos...

¿Qué hacer en tales apuros,
sino ganar tiempo al tiempo?
Proponen unos la fuga,

otros salir al encuentro,
los más resistir valientes,
ceder cobardes los menos.

Así las cosas estaban
por resolver, cuando un recio
sandovalés, aunque mozo,
cristiano de cuerpo entero,
—Manuel Ortega—, que había
guardado un grave silencio,
dice de modo que todos
le estén escuchando atentos:

—Pues estamos desarmados
y vienen armados ellos,
temerario es el ataque
y el provocarlo de necios.
Que por todos uno muera
páreceme lo más cuerdo
y yo, voluntariamente,
para víctima me ofrezco.
Tan solo una cosa os pido,
tan solo una cosa os ruego:
si los franceses que vienen
aceptan mi ofrecimiento,
recogeréis mi cadáver,
lo enterraréis en el templo;
—cristianamente he vivido,
morir a lo mártir quiero—,
mas, porque el alma se salve
de los suplicios eternos,
todos los años, tal día

como hoy, en los venideros
ante el altar de la Virgen
diréis una misa luego
por la salud de mi alma
y en memoria de mi ejemplo—.

Y esto dicho, admiran todos
cómo se parte ligero,
como si fuera de plumas,
como si fuera de viento.

Una voz grita: —¡Hijo mío!—
Grita otra voz: —¡Detenedlo!—
Y aumentan el griterío
los familiares lamentos,
las lágrimas de las mozas,
las súplicas de los viejos.

Mas la voz del sacerdote
convence a todos, diciendo:
—¡Nadie detenga a Manuel,
que va, camino del cielo!—

Un tiroteo se escucha
cercano, rápido, seco...

Manuel Ortega caía,
blanco de aquel tiroteo,
y en las Cárcabas le hallaban,
aquel mismo día, muerto.

Cinco amapolas de sangre
floreían en su pecho,
dos lirios entre los ojos
y un clavel entre el cabello.

Cada domingo del año,
desde aquel día siniestro,
van sendas niñas hermosas
por los dos barrios pidiendo
y, en cada puerta que llaman,
dicen con voces de cielo:

— ¡Una limosna por Dios
para la Misa de Ruego!

El veinticuatro de Marzo
acude a la misa el pueblo.
Lavíspera de decirla
la pregonera el pregonero.

BONIFACIO ZAMORA